

Fuego cruzado

Mejor callar, versión 2.0

FELIPE RUIZ VALENCIA

En su recién estrenado libro *Las obras y sus relatos*, Sergio Rojas apunta sobre una perogrullada característica del arte actual, que no estaría mal recordar a algunos comentaristas literarios como Ignacio Rodríguez, que en su lectura de *Cantares* —la esperada antología de jóvenes poetas de Raúl Zurita— presenta claros síntomas del “tartamudeo cerebral” que tanto acusa, a saber: el arte no sólo se ofrece a los sentidos sino también al intelecto; así, actualmente una obra rinde cuentas no tanto por su “belleza sublime” como por la calidad de su propuesta y rendi-

En respuesta al artículo de Ignacio Rodríguez publicado en estas páginas, el joven poeta llama a los críticos y a todos los lectores nostálgicos a ponerse al día con las poéticas emergentes.

miento conceptual.

Si escuchamos a Rojas comprenderemos mejor el valor de *Cantares*. La antología registra una tensión histórica fundamental en la literatura chilena, un *quiebre* o *fractura* en su paradigma poético. Las propuestas estéticas de autores como Germán Carrasco, Diego Ramírez o Luisa Rivera muestran cambios fundamentales con respecto a las anteriores generaciones, y dichos cambios requieren nuevas formas de acercamiento. Estas escrituras obligan a renovar las

prácticas de lectura poética circunscritas al espacio de *autonomía del lenguaje*: las concepciones de *metáfora* y *belleza* son cuestionadas; así como las tradicionales (y menos evidentes) instituciones como *autor*, *obra* u *originalidad* resultan transgredidas. Reflexiones como las expuestas por Rodríguez no parecen estar ni anímica ni intelectualmente listas para estas eventualidades.

Harían falta muchas páginas para profundizar en estas poéticas. Sólo señalaré aquí que el concepto *lirica* es-

quizoide que Rodríguez me toma prestado para definir las lo ha entendido justo al revés: este es un rasgo sindicable a cierta poesía del centro-sur, a la que atribuyo esa escritura *disociada* como respuesta a su marginación política de los centros de poder. Lo de *lirica* (o *lárca*) *esquizoide* no es un epíteto que atañe a *toda* la producción poética nacional.

Bien. Existe también una suerte de *crítica esquizoide*, que asume la defensa *sicótica* del espacio poético como reino perdido del *sublime arte de la palabra*. Así lo hace ver Rodríguez y su ejemplo de los “tres o cuatro poetas” que rescata en *Cantares*. Sin dar nombres (todo queda en pura estadística, pues a la hora de dar nombres, las plumas tiemblan), cita un fragmento del poema «Todas las cosas bajan del sol a las praderas», de Rafael Rubio, señalando, en referencia a Solari, que “aquí la poesía vuelve a ser el viejo oficio de forzar la lengua”.

Es justamente la poesía como vetusto del “viejo oficio” del “forzar la lengua” lo que las escrituras sucias, contingentes y jergísticas de los poetas jóvenes evitan. Jame-

son acierta cuando señala que el *arte posmoderno* emerge como respuesta a la canonización e institucionalización de las expresiones artísticas propias del modernismo y del romanticismo. Son esas canónicas expresiones las que flanquean los escritores jóvenes. Y no se trata de una operación *retórica*, circunscrita al lenguaje, sino del cuestionamiento a toda una *institución* literaria (con sus redes, circuitos y agentes), a través del cruce con culturas audiovisuales (es posible ya no hablar de “metáforas” sino de “imágenes” e incluso “instalaciones” en Gustavo Barrera), culturas de género (Paula Ilabaca, Diego Ramírez o Gladys González), culturas marginales como el *hip hop*, el *coa* y la jerga marginal (Germán Carrasco, Pablo Paredes), o con la parodia al *libro* como fetiche burgués (Héctor Hernández).

Para entender estas poéticas no basta con citar las anécdotas y sabios consejos de los vates. La crítica que realiza Rodríguez, al juzgar *Cantares* poniendo acento en la capacidad de sus lectores de juzgar lo “feo” más que en sus propios argumentos, es ejemplo de la incompetencia de este tipo de miradas. Un lector atento debe realizar operaciones intelectivas de mayor complejidad y alcance, situando los poemas en su

contexto histórico y político, estableciendo diálogos con producciones de otras disciplinas y poniendo atención, sobre todo, en los *contratos de lectura* que estos establecen: es decir, evaluando la originalidad, arquitectura y coherencia de las propuestas, pues bien cabe la posibilidad de que sean un bodrio.

Si el 95 por ciento de *Cantares* es un bodrio no debe calcularse a partir de una estética axiológica (de lo “bueno” entendido a partir de lo “bello”). Siempre será “más bello” crear metáforas acerca de las *praderas en el crepúsculo* que escenas de masturbación femenina e imágenes que muestran la enajenación de las ciudades. Sin embargo, el mundo actual —tal y como se nos presenta a través de los *media* y la experiencia diaria— se parece más a estas últimas imágenes que a no sé qué bosquecillos destruidos por la explotación indiscriminada.

Que sea más conveniente una poesía presa en la *torre de marfil*, no desmerece a *Cantares* y su registro de las capitales mutaciones de nuestro arte. Conviene que Rodríguez y todos los nostálgicos se pongan al día, para que saboreen mejor estas poéticas emergentes sin dar arcadas. O más vale que se atengan a la sentencia de Wittgenstein: *donde no se sabe, es mejor callar*.